

Tertuliano
EL ESCORPIÓN

CAPÍTULO I

1. La tierra supura un gran mal a partir del pequeño escorpión. Causa toda clase de venenos, toda especie de calamidades, todo tipo de dolores. Nicandro¹ lo describe de este modo. Sin embargo, el origen de todos estos males radica tan sólo en un movimiento violento de la cola, no de la boca; es la cola la prolongación posterior del cuerpo, que se yergue para herir. [...] Ahí está el secreto de los escorpiones: en esa serie de nudos, a modo de venilla sutil intrínsecamente envenenada que, arqueándose con ímpetu hacia arriba, aprieta el aguijón en lo más alto. Así atormenta.

2. Por esta semejanza, la máquina de guerra que impulsa los dardos retrocediendo recibe el nombre de escorpión. Cuando pica, clava el aguijón, abre un delgado canalillo e introduce el veneno en la herida. El verano es la época habitual de peligro, y su violencia se enardece cuando soplan los vientos sur y ábrego. Entre los remedios existentes, los naturales son los más abundantes. Alguno está rodeado de magia. La medicina sana con bisturí y brebajes.

3. Incluso hay personas que, apresurándose por obtener protección, beben alguna poción preventiva. Pero la activi-

dad sexual les agota y necesitan beberla de nuevo. Los cristianos tenemos como protección la fe, a no ser que quede lesionada por la desconfianza al hacer la señal de la cruz, pronunciar el exorcismo y ungir la picadura de la bestia.

4. De este modo socorremos, a menudo, incluso a los paganos, pues Dios nos ha otorgado aquella potestad que el Apóstol manifestó cuando despreció el mordisco de la víbora. Entonces, si la fe, de suyo, protege, ¿qué se pretende con este escrito? Proteger también a la fe, a su modo, cuando padezca sus peculiares escorpiones: son una raza cruel, mezquina y variada, y se arman y pertrechan al unísono en una época que no es otra que la canícula.

5. Esto es la persecución para los cristianos: cuando la fe está ardiente y la Iglesia se incendia como la zarza, justo entonces hacen irrupción los gnósticos, avanzan los valentinianos, salen a la luz, enardecidos, todos los negadores del martirio para atacar, herir y dar muerte. Actúan en estas ocasiones porque saben que muchos cristianos son sencillos, ignorantes y débiles, y están la mayor parte a merced del viento, siendo cristianos si les conviene. Por eso se dan cuenta de que sólo han de atacar cuando el temor ha abierto las puertas del alma, especialmente cuando alguna atrocidad ha coronado ya la fe de los mártires.

6. Así, dirigen la cola, en primer lugar, al sentimiento, actuando como si azotasen el aire. Y dicen: «¿Por ventura han de padecer todo esto hombres inocentes?» Para que los consideres como hermanos o como paganos de los mejores.

7. «¿Se ha de tratar de este modo a una secta que no molesta a nadie?» Después insisten: «Estos hombres perecen sin motivo»². El perecer, y sin motivo, constituye la pri-

mera herida. A partir de aquí ya matan: «Pues estos sencillos de espíritu –dicen– ignoran qué es lo que está escrito, y su sentido; no saben dónde, cuándo ni ante quiénes se ha de confesar; a no ser que esta sencillez no sea tal, y el morir por Dios, para que me salve, sea, en ellos, vanidad e incluso demencia».

8. «Así pues, ¿da muerte Aquel que debería salvar? Cristo murió una vez por nosotros. De una vez para siempre fue muerto a fin de que nosotros no perezcamos. Entonces, si me reclama la vida, ¿acaso espera obtener la salvación de mi muerte? ¿Por ventura reclama Dios la sangre de los hombres, máxime si rechaza la sangre de los toros y machos cabríos? Es cierto que Dios prefiere el arrepentimiento del pecador a su muerte³. ¿Cómo, pues, desea la muerte de los no pecadores?».

9. Es difícil que estos asertos, unidos a otros sofismas venenosos de los herejes, no hieran a nadie: causarán la ansiedad, si no la ruina, o bien excitarán la cólera, si no es que producen la muerte. En cambio, si en el momento del ataque la fe está vigilante, tú serás el anatema que hará de sandalia para el escorpión, el cual, destrozado y abandonado, morirá allí mismo en su propio pus.

10. Hay que tener en cuenta que, si la herida se consume, el veneno penetra en el interior del cuerpo y se dirige con rapidez a las vísceras. Al punto se embotan los sentidos primeros; la sangre, principio de vida, se hiela; la carne se olvida del espíritu y la desazón convierte en odioso el Nombre⁴. La mente busca por dónde vomitar para expulsar la fe herida en la herejía o en el mundo: así ocurre cuando el cristiano débil ha recibido la picadura. Al presente, en

las circunstancias actuales, estamos en pleno verano, en la misma canícula de la persecución promovida por el mismísimo Cinocéfalos.

11. Unos cristianos han sido abrasados ya por las llamas; la espada ha quitado la vida a otros; algunos han sido devorados por las bestias. Hay otros que, en la cárcel, tras sufrir azotes de varas e incluso con garras, desean el martirio. Nosotros mismos estamos acechados desde lejos como liebres que se han de cazar. Mientras, como de costumbre, los herejes atacan.

12. Así pues, la ocasión aconseja que prepare con este escrito nuestra triaca para curar los ataques de nuestras besticillas. Si lo lees, la beberás. No es una bebida amarga. Como *las palabras del Señor son más dulces que la miel y el panal*⁶, ellas harán de condimento. Como la promesa de Dios mana leche y miel⁷, lo aquí escrito tendrá ese sabor. *¡Ay de aquellos que convierten lo dulce en amargo y la luz en tinieblas!*⁸.

13. Así obran quienes se oponen al martirio: al considerar perdición lo que es salvación, convierten lo dulce en amargo y la luz en tinieblas; y al preferir esta misérrima vida a la otra bienaventurada, ponen lo amargo en lugar de lo dulce y las tinieblas en lugar de la luz.

CAPÍTULO II

1. En primer lugar hay que estudiar no tanto la bondad del martirio cuanto su utilidad; y antes de hablar de su utilidad es preciso conocer su necesidad. Para conseguirlo hemos

de ver qué es lo que Dios ha querido y mandado, ya que la autoridad divina es superior. Así, quienes nieguen la bondad del martirio, después de ser vencidos en sus posturas podrán ser instruidos sobre su conveniencia: es congruente con esta tarea que se obligue a los herejes, no que se les persuada. A la pertinacia hay que vencerla, no convencerla.

2. Y, en verdad, lo que se demuestre como instituido y ordenado por Dios, será considerado, con mucho, lo mejor. Pero antes de utilizar los Evangelios averiguaré lo que dice la Ley, que es su raíz. De la Ley sacaré a la luz la voluntad de Dios y lo reconoceré. *Yo soy Dios, tu Dios –dijo– el que te sacó de la tierra de Egipto. No tendrás más dioses que yo. No te fabricarás efigies de aquellas cosas que están en el cielo y abajo, en la tierra y en el mar, bajo la tierra. No adorarás estas cosas ni les servirás. Yo soy el Señor, tu Dios⁹. De igual modo podemos ver en el mismo libro del Éxodo: Vosotros habéis visto cómo os he hablado desde el cielo. No os haréis dioses de plata y tampoco de oro¹⁰.*

3. En conformidad con lo anterior se lee en el Deuteronomio: *Escucha, Israel: El Señor, tu Dios, es solamente uno y amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con todas tus fuerzas y con toda tu alma¹¹. Y más adelante: No te olvidarás del Señor, tu Dios, que te sacó de la tierra de Egipto, de la casa de servidumbre. Temerás al Señor, tu Dios, y a Él solo adorarás y te unirás, y en su nombre jurarás¹².*

4. *No irás tras los dioses ajenos, propios de los pueblos que os rodean, porque tu Dios, que está en medio de ti, es un Dios celoso, no sea que, encolerizado, se indigne y te extermine de la faz de la tierra¹³.*

5. Pero también, cuando pronunció bendiciones, dijo: *Tendréis bendiciones si escucháis los mandamientos del Señor, vuestro Dios, que Yo os mando hoy, y no os alejáis del camino que os prescribo para servir a dioses ajenos, que no conocéis*¹⁴.

6. Hablando de estos dioses dice que se han de extirpar de todas partes: *Entregaréis al anatema todos los lugares en los que los pueblos que poseeréis en heredad sirvieron a sus dioses: lugares que están sobre los montes y collados, bajo los árboles frondosos. Destruiréis todos sus altares, derribaréis y romperéis sus ídolos y talaréis sus bosques sagrados. Quemaréis con fuego las imágenes de sus dioses y borraréis sus nombres de aquel lugar*¹⁵.

7. Después de haber entrado, por fin, en la tierra de promisión y de haber exterminado a los pueblos que habitaban en ella, vuelve a decir: *Guárdate de imitarlos después de haber sido exterminados de tu presencia, y de desear sus dioses diciendo: ¿cómo obran los pueblos con sus dioses, para obrar yo también así?*¹⁶.

8. Incluso asevera: *Si en medio de ti se alzase un profeta o soñador y te diese una señal o prueba y dijese: vayamos y sirvamos a dioses ajenos que no conocéis; no escuchéis las palabras de ese profeta o soñador, porque os prueba el Señor, vuestro Dios, para que le temáis con todo vuestro corazón y con toda vuestra alma. Iréis tras vuestro Dios y lo temeréis, custodiaréis sus mandatos y escucharéis su voz, le serviréis y os allegaréis a Él. Aquel profeta o soñador morirá, pues habló para alejarte del Señor, tu Dios*¹⁷.

9. Desde otro punto de vista vuelve a afirmar: *Si tu hermano, el hijo de tu padre o de tu madre, o tu hijo, o tu hija,*

*o la mujer que está en tu regazo, o el amigo que es como el reflejo de tu alma, te dijese en secreto: vayamos y sirvamos a otros dioses que no conoces ni tú ni tus padres, dioses de los pueblos que te rodean, próximos o lejanos; no vayas con él ni le escuches*¹⁸.

10. *No tendrá tu mirada consideración para con él, ni lo echarás de menos ni lo salvarás. Lo denunciarás. Tus manos serán las primeras que se alzarán contra él para darle muerte y las manos de tu pueblo después. Lo lapidaréis y morirá, porque pretendió alejarte del Señor, tu Dios.*

11. *Habla después a las ciudades. Dice que si constara que alguna de ellas se pasaba a dioses ajenos por el consejo de hombres inicuos, se dará muerte a todos sus habitantes y se arrojarán todas sus cosas al anatema y se recogerán todos los despojos y se pondrán ante sus puertas y se quemarán en el fuego con todos sus vasos, estando todo el pueblo en la presencia de Dios, el Señor*¹⁹. *Y no se convertirá jamás en habitable ni se reedificará de nuevo, y no se adherirá a tus manos nada de lo que fue dado al anatema, para que el Señor se aparte de la indignación de su ira*²⁰.

12. También dispuso el Señor el conjunto de maldiciones que habían de pronunciarse con motivo de la abominación de los ídolos: *Será maldito el hombre que hiciere una escultura o ídolo abominable fundido, obra de manos del artífice, y lo colocase en un lugar oculto*²¹. Por otra parte, en el Levítico se lee: *No vayáis tras los ídolos ni os hagáis dioses de metal fundido. Yo soy el Señor, vuestro Dios*²². Y en otro lugar: *Los hijos de Israel son los siervos de mi casa. Éstos son los que saqué de la tierra de Egipto. Yo soy el*

*Señor, vuestro Dios. No os haréis imágenes, obras de vuestras manos, ni os erigiréis ídolo esculpido alguno. No pondréis en vuestras tierras piedras labradas para orar. Yo soy el Señor, vuestro Dios*²³.

13. Todo lo anterior fue pronunciado por Moisés como algo que hacía referencia a todos los que el Señor, Dios de Israel, sacó de Egipto, del mundo más supersticioso, de la casa de la servidumbre humana.

14. Pero a continuación se comprueba que todos los profetas dan a entender la misma Ley con las palabras del mismo Dios, que enaltece, con la repetición de los mismos preceptos, fundamentalmente el primero. Tanto más cuanto advierte que hay que guardarse de toda fabricación y culto de los ídolos, como se lee en David: *los dioses de los gentiles son de oro y plata; tienen ojos y no ven, tienen oídos y no oyen, tienen narices y no huelen; tiene boca y no hablan; tienen manos y no tocan; tienen pies y no andan. Serán semejantes a ellos los que los hacen y confían en ellos*²⁴.

CAPÍTULO III

1. No he de ser yo quien juzgue si Dios prohíbe justamente que se destine su nombre y su honor a la mentira; si con justicia se opone a que regresen a Egipto aquellos que rescató del error de la superstición; si es justo que no tolere que se alejen de Él los que ha elegido para sí. Por lo tanto, que nadie espere de mí que me retracte de esto, a saber: si ha querido Dios que se observe la disciplina que estableció, y si castiga con razón el olvido de la disciplina que quiso que se observase; ya que si no quisiera que se ob-

servase la habría instituido en vano, y si no quisiera que se vengase, en vano hubiera pretendido que se observase.

2. Trato, pues, de demostrar que lo dispuesto por Dios contra la superstición ha sido tanto para vencerla como para castigarla, porque toda la razón de ser del martirio está fundamentada ahí. Moisés se había alejado al monte para estar con Dios²⁵, y mientras, el pueblo, no pudiendo soportar su ausencia tan necesaria, intenta fabricarse dioses. Por este motivo se perderá.

3. Aarón es urgido y ordena que se lleven al fuego los pendientes de sus mujeres. Perderían, con esta decisión, los auténticos adornos de las orejas, a saber, las palabras de Dios. El sabio fuego les fundió la imagen del becerro, sugiriéndoles que tenían el corazón donde estaba su tesoro, es decir, en Egipto, nación que deífica incluso a cierto buey de entre los restantes animales²⁶.

4. Así pues, tres mil hombres perecieron a manos de los parientes próximos, porque habían ofendido a Dios, que era su pariente más próximo, y consagraron a Dios el comienzo y los méritos de la transgresión. En el libro de los Números²⁷ se lee que, estando Israel establecido en Setim, acudieron licenciosamente a las hijas de Moab, y fueron invitados a los ídolos para que fornicasen también en espíritu. Finalmente comieron de sus alimentos impuros, y después de adorar a los dioses de los gentiles, fueron iniciados en los misterios de Beelfegor.

5. Por esta idolatría, hermana de la fornicación, veintitrés mil personas fueron pasadas por la espada a manos de sus familiares, y aplacaron la ira divina. Muerto Jesús Nave, aban-

donaron al Dios de sus padres y sirvieron a los ídolos de Baal y Astarté²⁸. El Señor, encolerizado, los entregó a manos de los saqueadores, siendo expoliados por ellos y vendidos a los enemigos. No podían resistir de ninguna manera a sus enemigos.

6. Acudiesen donde acudiesen, les sobrevenían los ataques para mayor calamidad, y estuvieron muy oprimidos. Después de esto Dios instituyó sobre ellos jueces²⁹, que vienen a ser el equivalente de los censores entre nosotros³⁰. Pero ni siquiera a éstos obedecieron con constancia. Cuando alguno de los jueces moría, ellos pecaban más que sus padres, marchando tras los dioses ajenos, sirviéndoles y adorándolos.

7. Así pues, encolerizado el Señor, dijo: *Puesto que este pueblo ha roto mi pacto, que establecí con sus padres, y no han escuchado mi voz, tampoco yo me empeñaré en quitar de su presencia a las gentes de las naciones que dejó Jesús Nave al morir*³¹. De este modo se ve que Israel —a través de casi todos los anales de los Jueces, y posteriormente, a través de los anales de los Reyes—, cada vez que se alejaba de Él, y más aún cuando caía en la idolatría, pudo apreciar la ira de Dios, el cual se servía de los ejércitos que quedaban de los reyes de los gentiles que habitaban alrededor de ellos, empleando la guerra, la cautividad y el yugo de los otros pueblos.

CAPÍTULO IV

1. Desde el principio consta que la idolatría está prohibida con tantos preceptos; así es patente que, cuando se co-

mete, nunca queda impune, como se desprende de tantos y tan grandes testimonios; y queda claro que ningún crimen es considerado tan grave por Dios como una transgresión de esta naturaleza. Por lo tanto, debemos entender que la voluntad de Dios, expresada con amenazas y acciones de parte de Dios, era justificar, ya entonces, que no sólo no se han de poner en duda, sino que incluso se han de soportar los martirios que se deriven de la prohibición de la idolatría. Pues de lo contrario no habría martirios. Y disponía de antemano su voluntad, pues quería que ocurriese aquello a lo que daba ocasión.

2. Queda claro que, si en el momento presente somos perseguidos, es a causa de la voluntad de Dios. Sin embargo, el escorpión redobla sus ataques negando o acusando esta voluntad, para insinuar que hay otro Dios cuya voluntad es distinta, o bien para destruir nada menos que al nuestro, que tiene una voluntad tal, o bien para negar de cualquier modo que ésa sea la voluntad de Dios, en el caso de que no le pudiese negar.

3. En otro lugar he tratado sobre Dios y sobre el resto del cuerpo de esta doctrina herética. Ahora voy a trazar unos bosquejos claros que sirvan como una especie de refutación. Voy a defender la voluntad de Dios, que no es otro que el de Israel. Esta voluntad dio pie a que ocurriesen los martirios, ya que la idolatría estaba siempre tanto prohibida por los mandamientos, como castigada por los juicios. Pues si por observar un precepto sufro violencia, se concluye que el padecer violencia constituirá otro precepto: el precepto que me obliga a observar un precepto. Por consiguiente, estaré obligado a padecer cualquier tipo de violencia que se cierna sobre mí por guardarme de la idolatría, ya que así podré observar el precepto.

4. Y ciertamente es así, porque quien impone un precepto obtiene la sumisión por la fuerza. Por consiguiente,

no pudo Dios dejar de querer que ocurriese aquello por medio de lo cual se le ha de tributar la sumisión. Se me ordena que no diga que hay otro dios; que no modele a un dios con mis manos o con mi palabra; que no adore o venero de algún modo a otro que no sea el Único verdadero. Y es Dios quien manda de este modo. Y a este Dios se me ordena que le tema para no alejarme de Él, y amarle con todo mi ser hasta el extremo de morir por Él.

5. Por servir como soldado a este compromiso soy provocado por mis enemigos. Sería semejante a ellos si me rindiera. Por rechazar esto luché en combate y soy herido, abatido y muerto. ¿Quién querrá este fin para su soldado, sino Aquel que lo ha marcado con el sello de un compromiso de esta naturaleza?

CAPÍTULO V

1. Aquí tienes expuesta la voluntad de mi Dios. Con esto se ha hecho frente a esta herida. Habrá que considerar ahora otra herida, relativa a la cualidad de la voluntad. Sería muy largo mostrar que mi Dios es bueno, lo cual, por otra parte, ya lo aprendieron los marcionitas por una obra mía. Mientras tanto, basta con pronunciar el nombre de Dios para que necesariamente sea considerado como bueno.

2. Pues quien conjeturase que Dios es malo, no podría sostener las dos cosas a la vez: o bien deberá negar al Dios que considera como malo, o bien deberá sostener que es bueno aquel que nombre como Dios. Por lo tanto, la voluntad de Dios ha de ser buena, pues es la de Aquel que si no es bueno no es Dios.

3. Esto también probará la bondad de aquello que Dios quiere —hablo del martirio— porque el que es Bueno no puede querer sino el bien. Afirmando que el martirio es un bien,

teniendo presente al mismo Dios, que prohíbe y castiga la idolatría. Pues el martirio resiste y se opone a la idolatría. Sólo si es bueno puede resistir al mal y oponerse a él.

4. Pero la justificación del martirio no la fundamento en la oposición que las cosas malas tienen tanto entre sí como con las cosas buenas, pues la justificación de este título es otra distinta. Así, el martirio no lucha contra la idolatría a modo de combate general, sino ayudado por una gracia particular; ciertamente, el martirio libera de la idolatría. ¿Quién no dirá que lo que libra del mal es bueno? ¿Hay otra oposición posible entre la idolatría y el martirio distinta a la oposición entre la muerte y la vida?

5. El martirio será considerado como vida y la idolatría como muerte. Quien considere que la vida es un mal, considera a la muerte como un bien. Esta perversidad de los hombres es la que aleja lo saludable, recibe lo pernicioso, busca lo peligroso, evita los remedios o, por último, desea morir antes que ser curado.

6. Son muchos también los que rechazan la ayuda de la medicina: hay muchos necios, cobardes e indiscretos. Por otro lado, es cierto que la medicina tiene, por así decirlo, algo de crueldad, debido al bisturí del cirujano, al cauterio y al ardor de la cataplasma; sin embargo, no es malo operar ni cauterizar ni estirar ni punzar alguna parte del cuerpo, porque los dolores que se producen son útiles; y no será rechazado porque con todo esto provoque tristeza, sino que se emplea porque contrista necesariamente.

7. El miedo de la operación lo disculpa el fruto de ésta. Además, el que ahora se lamenta y gime y vocifera entre las manos del médico, luego llenará esas mismas manos de recompensa y las alabará diciendo que son muy habilidosas, e incluso negará las crueldades. Del mismo modo decimos que el martirio produce dolor y crueldad, pero en orden a

la salvación. También le será lícito a Dios curar por medio de fuegos y espadas y cualquier otro tipo de atrocidad en orden a la vida eterna.

8. Pero también admirarás al médico por usar, al hacer frente a las propiedades de la enfermedad, medicinas con propiedades casi análogas a las de la enfermedad. Hace como si se ayuda de algo maligno y socorre por medio de aquellos dolores que se padecen. Pues reprime la fiebre acrecentando los calores, extingue la sed atormentando incluso con más sed, detiene el exceso de hiel con algunas pociones amargas y frena el flujo de sangre abriendo, además, una vena.

9. Sin embargo tú considerarás que Dios ha de ser tachado de amante celoso, ya que ha querido que se luchara con motivo y que se sacara fruto oponiéndose a la injuria, destruir la muerte con la muerte, dispersar el crimen con el crimen, deshacer los tormentos con tormentos, destruir los suplicios con suplicios, dar la vida quitándola, ayudar a la carne hiriéndola y conservar el alma arrebatándola.

10. Eso que tú consideras que es absurdo es lo que da explicación a todo; lo que tomas por crueldad es precisamente una gracia. Así que glorifica a tu Dios como tu Dios bueno porque cura lo eterno con cosas momentáneas. Caíste en sus manos, pero felizmente caíste. También Él soportó tus enfermedades. El primer hombre se opuso al médico. Como consecuencia se atrajo el peligro de la muerte.

11. Había recibido de su Señor, como del médico, la suficiente instrucción útil para vivir según la Ley. Podía comer de todo y solamente debía abstenerse de un único árbol que el mismo médico había conocido que era inadecuado.

12. Pero él escuchó al que prefirió y rompió la abstinencia. Comió lo prohibido y, saturado por la transgresión, se indigestó hasta la muerte. Él, que era, en conciencia, el

más digno en todo, pereció porque quiso. Pero el Señor, contenida la indignación causada por el delito, esperando el tiempo en que la medicina estuviese dispuesta, poco a poco compuso los remedios: todas las reglas morales de la fe que se oponían al vicio, que anulaban la palabra de muerte con la palabra de vida, que corregían el oído de la transgresión con el oído de la devoción. Así, cuando este médico manda morir, excluye el letargo de la muerte.

13. ¿Por qué rehúsa el hombre padecer ahora como remedio lo que entonces no rehusó padecer por vicio? ¿Desaprobará el ser muerto para alcanzar la salvación quien consintió morir para la perdición? ¿Hará ascos al antídoto quien abrió su boca al veneno?

CAPÍTULO VI

1. Ahora bien, si Dios nos hubiese propuesto el martirio con el nombre de combate, quedaría entonces de manifiesto que la liberalidad de Dios es mayor que su crueldad. Experimentaríamos en la pugna contra el adversario que el hombre le vencería constantemente en lo que aquél lo derrotó con facilidad. Quiso Dios que el hombre, llevado a la ruina a causa de la gula excitada por el diablo, fuese quien lo aplastase³² por medio de la fe y de la virtud. De este modo, no sólo se libraría del enemigo, sino que incluso lo vencería.

2. Dios, que nos había llamado a la salvación, deseó también invitarnos a la gloria para que, ya liberados, nos llenemos de gozo, e incluso exultemos al recibir la corona del triunfo. Ha sido cosa conocida, también en África, el gran interés con el que el mundo asiste a contemplar combates

de este tipo, concursos de enfrentamientos periódicos y supersticiosos propios de los griegos, de las religiones y de las fiestas. En el momento presente vemos cómo cada una de las ciudades vecinas perturba la tranquilidad de Cartago, felicitándola porque ha sido beneficiada con los juegos píticos³³, envejecido ya el estadio.

3. Así pues, el mundo ha considerado muy digno comparar las pruebas de las distintas aficiones, juzgar sobre las artes de los cuerpos y de las voces, siendo el premio el que indica el mejor, el espectáculo el que lo juzga, decidiendo la opinión aquello que proporciona mayor deleite. Por este motivo los combates son al descubierto; se producen algunas heridas; los puños golpean, los talones sacuden, los guantes de combate desgarran, los látigos destrozan.

4. Nadie sugerirá al presidente del juego que la violencia pone en peligro a los hombres. El proceso por daños y perjuicios tiene lugar fuera del estadio. Pero mira cómo se comercia allí con las contusiones y la sangre derramada y los cardenales. Todo eso para obtener a cambio coronas, gloria, dote, privilegios públicos, sueldos cívicos, imágenes, estatuas y, en la medida que el mundo puede darlo, la eternidad por la fama y el recuerdo en la memoria.

5. El propio luchador no se queja por sufrir dolor, pues lo quiere. La corona oculta las heridas, la palma del triunfo disimula la sangre. Hinchá más la victoria que los golpes. ¿Considerarás herido a quien ves contento? Por otro lado, ni siquiera el combatiente que ha resultado vencido reprochará su desgracia como un crimen que le ha venido del agonoteta³⁴.

6. ¿Será inconveniente que Dios haga comparecer sus artes y habilidades a la vista de todos, durante esta vida, para espectáculo de los hombres, de los ángeles y de todas las potestades? ¿Estará mal que quiera probar la constancia y la tolerancia del cuerpo y del alma? ¿Será deshonoroso para Dios que otorgue a éste la palma de la victoria, a aquél el honor, al otro la ciudadanía y al de más allá la soldada? ¿Irá incluso contra su justicia que repruebe a algunos y aleje de su presencia a los censurados por la ignominia? ¿Ordenas a Dios en qué momento, modo y lugar ha de juzgar a su familia, como si no le conviniera juzgar al que es el juez?

7. ¿Qué ocurriría ahora, si Dios no pusiese a prueba la fe en el martirio bajo el aspecto de combate, sino presentándolo sólo bajo el aspecto del propio provecho? ¿No sería necesario para la fe tener algo en qué apoyar la esperanza, gracias a lo cual forzase su empeño y mantuviese firme la libertad para esforzarse en ascender, cuando las contradicciones terrenas empiecen a abrasar progresivamente? ¿Cómo se explicaría, si no, que en la casa del Padre haya muchas moradas³⁵, sino por la variedad de méritos? ¿De qué modo se distinguen una estrella y otra por su brillo sino por la variedad de los rayos³⁶?

8. Ahora bien, si conviene a la sublimidad de la fe que se engrandezca su gloria, es necesario concluir que aquello en lo que ha de sobresalir sea de tal naturaleza que cueste gran esfuerzo conseguirlo. Se alcanza por medio de la penalidad, tortura, tormento y muerte. Pero, a la vez, mira la recompensa que se recibe cuando se entrega el cuerpo y el alma –en el hombre no hay nada de más valor que éstos, el uno hecho con las manos de Dios, el otro con el soplo di-

vino—. Entregar el cuerpo y el alma en provecho propio es ganancia. Es pagar el mismo precio que vale la mercancía.

9. Por otro lado, Dios se había dado cuenta también de otras debilidades propias de la condición humana: las insidias del adversario, la falacia de las cosas, los engaños del mundo. También se había percatado de que después del bautismo, la fe se pondría a prueba y que, después de recibir la salvación, muchos perecerían otra vez: los que dejasen de utilizar el vestido nupcial³⁷, los que no preparasen aceite para sus lámparas³⁸, los que, buscados por montes y barrancos, volviesen llevados a hombros³⁹. Dispuso, por tanto, un segundo alivio y una última ayuda: el combate del martirio y el bautismo de sangre que se sigue de aquél.

10. Hablando de esta felicidad dijo David: *Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades han sido perdonadas y cuyos pecados han sido cubiertos. Bienaventurado aquel a quien Dios no le impute el delito*⁴⁰. Propiamente hablando, nada se le puede imputar ya a los mártires, a quienes la misma vida se les quita, a modo de bautismo.

11. Así, *el amor cubre la multitud de pecados*⁴¹. El amor es el que forja al hombre convirtiéndolo en mártir, porque demuestra que ama a Dios con todas sus fuerzas, con las que lucha en el martirio, y con toda su alma, que entrega a Dios. ¿Dirás tú que estos remedios, consejos, juicios, incluso espectáculo, son una atrocidad de Dios? ¿Desea Dios la sangre de los hombres? Si los hombres anhelan el Reino de Dios, si los hombres desean la salvación segura, si los hombres quieren la regeneración segunda, yo me atrevería

a decir que sí. No es odiosa ninguna compensación en la cual es valorada del mismo modo la gracia y la injuria.

CAPÍTULO VII

1. Prosiga el escorpión su ataque, presentando por todas partes a Dios como homicida, pero yo tendré horror del sonido inmundo y repugnante de la blasfemia pronunciada por boca herética, y acogeré a este Dios por la confianza que inspira su inteligencia. Con esa inteligencia, Él mismo, por medio de la Persona de su Sabiduría, con palabras de Salomón, se proclamó más que homicida. *Sofía*, dice, *degolló a sus hijos*⁴². *Sofía* es la Sabiduría. Con sabiduría los degolló, ciertamente, para llevarlos a la vida y, por lo tanto, a la gloria.

2. ¡Cuánto ingenio hay en el parricidio! ¡Qué inteligente es el artificio del crimen! ¡Qué profunda la significación de la crueldad, que mata para que no muera aquel a quien ha matado! ¿Y cómo prosigue esto? Al partir, *Sofía* recibe cantos e himnos⁴³. También es ensalzada la partida de los mártires. *Sofía* en las plazas se comporta con constancia⁴⁴; por lo tanto, degüella a sus hijos por su bien.

3. Habla confiada sobre los altos muros, cuando, en boca de Isaías, uno exclama: *Yo soy de Dios*⁴⁵. Y otro dice a viva voz: *En el nombre de Jacob*⁴⁶. Y otro escribe: *En el nombre de Israel*⁴⁷. ¡Oh, Madre buena! Yo mismo escojo convertirme en uno de sus hijos, para ser muerto por ella; escojo ser muerto para llegar a ser hijo. Pero a sus hijos ¿sólo los degüella o acaso también los tortura? En otro lugar es-

cucho que dice Dios: *Los probaré por el fuego como se prueba el oro por el fuego y los pondré a prueba como se prueba la plata*⁴⁸.

4. Y será por medio de tormentos de fuego y de suplicios, por medio de martirios que prueban la fe. También sabe el Apóstol a qué Dios se refiere cuando escribe: *Si Dios no tuvo consideración de su Hijo, sino que lo entregó por nosotros, ¿cómo no nos dará con Él todas las cosas?*⁴⁹. Ves cómo la Sabiduría divina degolló incluso a su propio Hijo, primogénito y unigénito. Pero lo hizo para que obtuviese la victoria e incluso devolviese a los demás la vida.

5. Exclamaré con la Sabiduría de Dios: *Cristo es el que se ha entregado por nuestros delitos*⁵⁰. Sofía se despedazó a sí misma. Con la palabra se ha de entender no sólo el sonido, sino también el significado. Y se ha de escuchar no sólo con el oído, sino también con la mente. Quien no entiende esto, cree que Dios es cruel. Por lo demás, las palabras han sido dichas también para el que no entiende, de modo que ayuden a evitar la temeridad de entenderlo de otro modo.

6. *¿Quién conoció el pensamiento del Señor? —dice— o ¿quién fue su consejero para que le instruyese?, ¿quién le demostró el camino de la inteligencia?*⁵¹. Pero además estuvo permitido, entre los paganos, que la Diana⁵² de los escitas, el Mercurio⁵³ de los galos y el Saturno⁵⁴ de los africanos fuesen aplacados con víctimas humanas. Y actualmente, en

el Lacio, en el centro de la Urbe, se le da a gustar a Júpiter⁵⁵ sangre humana. Y nadie se vuelve atrás ni sospecha que la voluntad de su dios tiene alguna sinrazón o es infame.

7. Si nuestro Dios reclamase también para sí los martirios, a modo de sacrificio, ¿quién le reprocharía que la religión fuera funesta, los ritos, lúgubres, el altar, una pira, y el sacerdote, un enterrador? ¿No considerarías, más bien, bienaventurado a quien Dios comiese?

CAPÍTULO VIII

1. Insistiré un poco más y requeriré tu atención sólo para este punto: a saber, si el martirio ha sido mandado por Dios. Así creerás con motivo el mandato, si reconoces el mandato, porque Dios no manda nada sin motivo. Es cierto que Dios aprecia la muerte de los hombres que le veneran, como canta David⁵⁶, pero creo que no se trata de la muerte común, que todos deben padecer —aunque esta muerte también es ignominiosa, pues tiene por causa la transgresión y es consecuencia del castigo—, sino que se trata de aquella otra, fruto del testimonio de la religión y del combate por confesar la fe, a causa de la justicia y del juramento de fidelidad [a Dios].

2. Así habla Isaías: *Ved cómo perece el justo y nadie lo acoge de corazón; y los hombres piadosos son quitados de en medio y nadie les presta atención. El justo perece ante la injusticia. Su sepultura será honrada*⁵⁷. Aquí tienes el anuncio y el premio del martirio. En efecto, la justicia padece violencia desde el principio.

3. Desde que se comenzó a dar culto a Dios, la religión apareció unida a la envidia. El que había agradado a Dios es muerto, y, en concreto, por su hermano⁵⁸. Habiendo empujado por la propia sangre, la impiedad persiguió con más facilidad la ajena, y no sólo la sangre de los justos, sino también la de los profetas. David es perseguido⁵⁹. Elías tiene que huir⁶⁰, Jeremías es lapidado, Isaías es aserrado, Zacarías es asesinado entre el altar y el santuario⁶¹, dejando marcas para siempre las piedras de sílice. Aquel mismo que es el fin de la Ley y los Profetas, llamado no sólo profeta, sino ángel, es decapitado con un asesinato degradante para pagar el salario de la joven bailarina⁶².

4. Y también los que eran llevados por el Espíritu de Dios eran conducidos al martirio por Dios mismo, sufriendo lo que habían anunciado. Así pues, al exigirse el homenaje de la muchedumbre, con ocasión de la consagración de la imagen regia, los tres amigos no ignoraron las exigencias de la fe, la única que permanecía libre en ellos, a saber, que se ha de morir oponiéndose a la idolatría⁶³.

5. Se habían acordado de que Jeremías había escrito a los que pronto iban a soportar aquella cautividad: *Y ahora veréis que los dioses de los babilonios, hechos de oro, plata y madera, son llevados a hombros infundiendo temor a los pueblos. Cuidad de no hacerlos semejantes a los extranjeros y procurad que no os domine el temor al contemplar las turbas que adoran a sus dioses, yendo delante y detrás de ellos. Antes bien, decid en vuestro corazón: a Tí, oh Dios, debemos adorar*⁶⁴.

6. De este modo hablaron, con la confianza infundida por Dios. ¡Con cuánta fortaleza de ánimo rechazan aquellas posibles amenazas que les hacía el rey!: *No tenemos obligación de responder a este mandato tuyo. Nuestro Dios, al que damos culto, es poderoso para librarnos del horno de fuego y de tus manos. Entonces se hará manifiesto que no serviremos a tu ídolo ni adoraremos la imagen de oro que hiciste*⁶⁵.

7. ¡Oh grandeza del martirio, perfecto incluso aunque no se padezca! Bastante padecieron, lo suficiente fueron abrasados, y Dios los protegió, para que vieran que no estaban engañados por confiar en el poder de Dios. También la ferocidad de los leones, excitada además, hubiera devorado enseguida a Daniel, delatado y demandado por los caldeos por no suplicar más que a Dios, si hubiera debido fallar la digna idea que Darío tenía acerca de Dios⁶⁶.

8. Por lo demás, era necesario que todo confesor y adorador de Dios padeciese cuando, incitado al culto de los ídolos, negase someterse; y esto según aquella inteligencia que exigía recomendar la verdad a los presentes y también a los que vendrían después. Así esta verdad daba confianza y garantía al padecimiento de sus defensores, ya que nadie querría morir en vano, sino como poseedor de la verdad. Tales preceptos y ejemplos, ocurridos desde el comienzo, muestran que la fe es deudora del martirio.

CAPÍTULO IX

1. Para que no se crea que el Antiguo Testamento ya tuvo su propia Ley, queda examinar la novedad cristiana

para comprobar si, aun procediendo también de Dios, es distinta, y por consiguiente, opuesta a la Antigua Ley en materia de disciplina, no sea que la *sofía* de la novedad cristiana no quiera devorar a sus hijos. ¿Es que en Cristo son distintas la divinidad, la voluntad y la doctrina? ¿Es que manda considerar el martirio de otro modo o como algo sin valor? ¿Es posible que no exhorte a nadie a un peligro de este tipo, que no prometa nada a los que padezcan por Él porque no quiere que padezcan? No, pues en concordancia con sus preceptos, dijo: *bienaventurados los que padecen persecución a causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos*⁶⁷.

2. Y lo dijo de modo absoluto a todos los hombres. Luego, en particular, les dijo a los mismos apóstoles: *Bienaventurados seréis cuando os deshonren y persigan y digan contra vosotros cosas malas a causa de mí: alegraos y exultad, porque vuestra recompensa será grande en el cielo: Así hacían sus padres con los profetas*⁶⁸. De modo que profetizó que ellos mismos serían muertos siguiendo el ejemplo de los profetas.

3. Pero aunque, en aquel momento hiciera destinatarios de esta persecución, como una condición de su misión, tan sólo a los apóstoles, también nos afectaba a nosotros, por medio de ellos, la obligación de aceptar la persecución, ya que por medio de los apóstoles recibiríamos también todo el compromiso de la fe, la propagación del nombre de Cristo y el renuevo del Espíritu Santo, quedando constituidos en discípulos, herederos y vástagos de la semilla apostólica.

4. Pues si, de nuevo, el Señor vuelve a decir a los apóstoles: *He aquí que os enviaré como ovejas en medio de lobos, y: Guardaos de los hombres; os entregarán a los concejos y*

os azotarán en sus sinagogas y seréis conducidos ante reyes y gobernadores por causa mía, para dar testimonio ante ellos y ante los pueblos⁶⁹, etc., y añade después: *Entregará el hermano al hermano, y el padre al hijo a la muerte, y se levantarán los hijos contra los padres y les darán muerte*⁷⁰; queda manifiesto que el Señor pronunció las cosas perversas que debían suceder refiriéndose a los demás: no vemos que les ocurriese a los apóstoles.

5. Ninguno de ellos tuvo que soportar que el traidor fuese su padre o alguno de sus hermanos, lo cual, sin embargo, ha ocurrido con muchos de los nuestros. Luego vuelve a decir el Señor a los apóstoles: *Todos os odian a causa de mi nombre*⁷¹. Si esto se lo dice a los apóstoles, ¿cuánto más nos lo dice a nosotros, puesto que es necesario que seamos entregados incluso por los padres? Hablando el Señor de esta manera, sin dejar claro cuándo se dirige sólo a los apóstoles y cuándo a todos los hombres, pone de manifiesto que el fin es el mismo para todos los que siguen el Nombre, el mismo para aquellos en los que el Nombre se haya establecido a la par junto con la ley de su odio. *El que persevere hasta el fin, ése será salvo*⁷². Y ¿qué es lo que se ha de soportar, sino persecución, traición y muerte? Y, en efecto, *perseverar hasta el fin no es otra cosa que padecer la muerte*.

6. Por esta razón dijo el Señor: *No está el discípulo por encima del maestro*⁷³, e inmediatamente añadió: *Ni el sirvo sobre su Señor*⁷⁴. Y lo dijo para que tuviésemos presente que, así como el mismo Maestro y Señor padeció persecución, traición y muerte, con mayor motivo deberán sufrir

las mismas cosas los siervos y los discípulos. De no ser así, los discípulos, libres de la adversidad, aparecerían como superiores cuando precisamente su gloria debería consistir en igualarse a los padecimientos del Señor y Maestro. Él, dando ejemplo de soportar todo esto, aconseja que *no hay que temer a los que matan el cuerpo pero no pueden matar el alma. Más bien se debe temer a quien puede matar el cuerpo y el alma, y perderlos en la gehenna*⁷⁵.

7. ¿Quiénes son los que matan sólo el cuerpo, sino los magistrados y los reyes anteriormente dichos, que son, según creo, hombres? ¿Quién es el dueño del alma, sino sólo Dios? ¿Quién es el que amenaza con fuego, sino Aquel *sin cuya voluntad ni siquiera uno de los pájaros cae a tierra*⁷⁶; o, lo que es lo mismo, ni siquiera una de las dos partes constitutivas del hombre, el cuerpo o el alma, perece⁷⁷? Pues para Él, *el número de los cabellos está contado*⁷⁸.

8. *En consecuencia, no temáis -añade-, valéis más que todos los pájaros*⁷⁹. Y no lo dice en vano, es decir, promete que no vamos a caer a tierra sin recompensa, a condición de elegir ser muertos por los hombres antes que por Dios. *Todo el que haya confesado en mí ante los hombres, yo también confesaré en él ante mi Padre que está en los cielos*⁸⁰. En mi opinión, quedan manifiestas la definición y la naturaleza tanto de la confesión como de la negación, aunque el modo de presentar una y otra es diverso.

9. Quien se confiesa cristiano, atestigua que es de Cristo. Quien es de Cristo, es necesario que esté en Cristo. Si está en Cristo, ciertamente confiesa en Cristo cuando confiesa ser cristiano. Esto no podría ser si no estuviese en Cris-

to. Ahora bien, confesando en Cristo, confiesa también a Cristo, esto es que Cristo está en él mientras él, como cristiano, está en Cristo. Cuando pronuncias la palabra «día», manifiestas la realidad de la luz que causa el día, aunque no hayas pronunciado la palabra «luz». Del mismo modo, aunque el Señor no haya dicho directamente *quien me confesare a mí*, no obstante, el acto de la confesión cotidiana no tiene significado distinto de lo que el Señor dijo.

10. Quien confiesa lo que es, a saber, cristiano, confiesa también aquello por lo que es cristiano: esto es, confiesa a Cristo. Del mismo modo, quien negó ser cristiano, negó en Cristo, negando que él está en Cristo al negar ser cristiano. Por tanto, quien niega que Cristo está en él, negará también a Cristo al negar que él está en Cristo. Así pues, quien niegue en Cristo, negará a Cristo, y quien confiese en Cristo, confesará a Cristo. Hubiese sido suficiente, por lo tanto, que el Señor hubiera hablado tan sólo de confesar.

11. De la forma de la confesión se deduce su contrario: la forma de la negación. Y además se concluye que el Señor paga la negación con la negación, pues paga la confesión con la confesión. Y como la forma de la confesión comprende también la naturaleza de la negación, queda claro que no pertenece a otro tipo de negación lo que el Señor dijo de ella: *quien me negase*⁸¹, aunque lo expresó de manera distinta a la confesión, pues no dijo: *quien en mí negase*.

12. Había previsto Dios que la persecución del Nombre iría acompañada de violencia, de modo que quien se negase cristiano fuese obligado también a negar a Cristo blasfemando. Como ha ocurrido no hace mucho [...] cuando temimos horrorizados que se iba a luchar así contra la plenitud de la fe de algunos cristianos. Por lo tanto, sería

inútil decir: «aunque niegue ser cristiano, Cristo no me negará, pues no lo he negado».

13. Por aquella negación será igualmente culpable, porque negando ser cristiano niega que Cristo esté en él, y por tanto niega a Cristo. Pero hay más, el Señor amenaza la vergüenza con la vergüenza: *Quien se avergonzare de mí ante los hombres, también yo me avergonzaré de él ante mi Padre que está en los cielos*⁸². Sabía que la negación se produce fundamentalmente por la vergüenza, y que la firmeza de la mente radica en la frente, y que la herida de la vergüenza es más importante que la del cuerpo.

CAPÍTULO X

1. Algunos creen que la confesión no ha de tener lugar aquí; esto es, no será dentro del ámbito de esta tierra ni durante el paso por esta vida ni ante unos hombres de naturaleza común a la nuestra. ¡Cuánta presunción supone esto si lo comparamos con la cantidad de pruebas que se han de experimentar en esta tierra y en esta vida y bajo las potestades humanas! En efecto, cuando las almas abandonen los cuerpos y empiecen a ser examinadas e interrogadas en cada uno de los estratos del cielo sobre la fe que ha acogido y sobre los arcanos misterios de los herejes, entonces habrán de confesar ante las verdaderas potestades y los verdaderos hombres, a saber, los Teletos, los Acinetos y los Abascantes de Valentín.

2. «Ni siquiera el mismo Demiurgo», dicen, «consideraba a nuestros reyes y gobernantes como hombres. Los consideró como gota de agua en el caldero, polvo de la era, es-

*puto, langostas*⁸³ e incluso los asimiló a los irracionales jumentos». Ciertamente así está escrito en la Escritura Sagrada. Sin embargo, cuando habla de este modo, no se ha de entender que se refiere a un género de hombre distinto del nuestro; un género de hombre cuya existencia consta y al que pudo aplicar esta comparación, dejando a salvo la propiedad del género y la singularidad.

3. Y aunque la vida ha sido corrompida hasta tal punto que, digna de desprecio, es asemejada a lo despreciable, sin embargo la naturaleza no ha sido modificada de tal modo que haya que considerarla como otra naturaleza distinta bajo el mismo nombre. Es más, la naturaleza permanece, aunque se avergüence de su vida; y Cristo no conoció a otros hombres que aquellos de los que dice: *¿Quién dicen los hombres que soy yo?*⁸⁴; y *Del mismo modo que queréis que actúen los hombres con vosotros, así obrad también vosotros con ellos*⁸⁵.

4. Mira cómo ha conservado el Señor la naturaleza, tanto de los que espera el testimonio de sí como de aquellos a quienes manda desempeñar el oficio de la justicia. Si yo reclamase que se me mostrasen aquellos hombres celestes, ¡con qué facilidad Arato⁸⁶ dibujaría a las Perseas y Cefcas, y a Erígona y Ariadna entre las constelaciones! Pero ¿quién impidió al Señor que determinase manifiestamente el lugar donde los hombres habrían de hacer la confesión, máxime si dijo claramente dónde habría de ser la suya? ¿Quién le impidió decir: *Quien confesare en mí ante los hombres en los cielos, también yo confesaré en él ante mi Padre que está en los cielos*⁸⁷?

5. Si el Señor hubiese mandado la confesión celeste, debió quitarme el error de la confesión terrena que no quería que soportase, ya que yo no conozco otro tipo de hombres que a los habitantes de la tierra; ni siquiera había percibido, entonces ni ahora, a este mismo hombre en los cielos. Por otra parte, ¿qué tipo de fe es esta por la que creo que, elevado a los ciclos tras la muerte, me aprobarán precisamente allí donde no puedo ser recibido si no he sido ya aprobado? ¿Y qué tipo de esperanza necesito cuando me examinen sobre mi admisión en aquel lugar donde no se puede llegar más que estando ya admitido?

6. Para el cristiano es más evidente el cielo que el camino para alcanzarlo, porque el camino que conduce al cielo sólo es patente para el que entra en él. Y entrará quien llegue allí. ¿Me aseguras que las potestades que guardan las puertas serán, comparadas con la religión romana, un tal Cardea, Fórculo y Limentino⁸⁸? ¿Qué potestades dispones para las cancelas?

7. Si por casualidad has leído en David: *Quitad, príncipes, las puertas de en medio de vosotros, y sean levantadas las puertas eternas y entrará el Rey de la gloria*⁸⁹; si alguna vez escuchaste, del libro de Amós: *Éste construye en los cielos el lugar para subir él y fundamenta en la tierra su magnificencia*⁹⁰, es conveniente que sepas que aquel ascenso fue allanado más tarde con las pisadas del Señor y que la puerta fue abierta posteriormente con las fuerzas de Cristo. Y todo esto lo hizo para que no se les presente a los cristianos, cuando estén en la puerta, ninguna demora o interrogatorio, y no tengan necesidad de ser examinados, sino aprobados, ni de ser interrogados, sino admitidos.

8. Y si todavía piensas que el cielo está cerrado, recuerda que aquí abajo dejó el Señor sus llaves a Pedro⁹¹ y, por medio de él, a la Iglesia; y cada uno de los que aquí abajo fuere interrogado y confesare las llevará consigo. Pero el diablo asegura que se ha de confesar allí arriba, para persuadir que se niegue aquí abajo. ¡Yo colocaré las pruebas perfectas, llevaré conmigo las llaves buenas, esto es, el temor de aquellos que sólo matan el cuerpo, pero que no hacen nada al alma! ¡Seré alabado por el abandono de este precepto; estaré con dignidad en los cielos, precisamente yo que, en la tierra no pude permanecer con ella; soportaré a las potestades mayores yo, que cedí ante las menores; y en verdad, mereceré ser admitido, ya rechazado!

9. Afirmáis: «si hay que confesar en los cielos, se ha de negar aquí en la tierra. Pues una cosa implica la otra. En efecto, los opuestos se tocan». Por lo tanto, será necesario que también en los cielos tenga lugar la persecución, ya que es la materia de la confesión o de la negación. ¿A qué aguardas pues, audacísimo hereje, para trasladar todo el orden de la persecución cristiana a los cielos y poner el mismo odio del nombre en aquel lugar en que Cristo está sentado, gobernando, a la derecha del Padre?

10. ¿Establecerás allí también las sinagogas de los judíos, fuentes de las persecuciones, en las cuales los apóstoles sufrieron azotes⁹²? ¿Establecerás también las muchedumbres de los paganos, con su circo, donde claman a placer: «¿Hasta cuándo durará este tercer género de hombres?»

11. Pero si hacéis esto, debéis mostrar que allí mismo están nuestros hermanos, padres, hijos, suegras, nueras y parientes, por medio de los cuales está dispuesto que se nos entregue. Igualmente debéis mostrar los reyes, los go-

bernadores y las potestades armadas, ante las cuales se ha de defender la causa. Ciertamente habrá en el cielo una cárcel carente de sol, o con poca luz, y las cadenas serán la constelación de Orión, y el potro, el eje del mundo que gira.

12. Entonces, si el cristiano ha de ser lapidado, acudirá el granizo; si ha de ser quemado, los rayos están a mano; si ha de ser descuartizado, la mano de Orión armado se ocupará de ello; si ha de acabar en las bestias, el Septentrión enviará las osas y el Zodíaco los toros y leones. «Quien soportase esto hasta el fin, será salvo»⁹³.

13. ¿Acaso tendrá lugar en los cielos el fin, la pasión, la muerte y la primera confesión? ¿Y dónde aparece la carne, necesaria para todo esto? ¿Dónde está el cuerpo, que sólo puede ser muerto por los hombres? Un modo de razonar seguro nos ha planteado estas cuestiones, a modo de broma, para que nadie ponga óbice a este mandato; para que nadie se vea forzado a trasladar todo el conjunto de la persecución, toda su causa judicial necesaria para al proceso, a aquel lugar donde tendrá lugar la confesión.

14. Puesto que la confesión es consecuencia de la persecución y ésta tiene su término en la confesión, y no pueden existir separadas las cosas que son comienzo y final, se darán juntamente. Es decir, la persecución y la confesión vienen a ser como el principio y el fin de un mismo proceso. Será, por tanto, aquí abajo el odio del Nombre; y es aquí abajo donde irrumpe la persecución, se produce la entrega, tiene lugar el interrogatorio acusador y se ensañan los tormentos; y la confesión o la negación culminan aquí en la tierra toda la sucesión de los actos persecutorios.

15. En consecuencia, si los demás elementos de la persecución están aquí abajo, la confesión no tendrá lugar en otra parte. Y si la confesión tiene lugar en otro sitio, no estarán aquí los demás elementos de la persecución. Sin duda alguna, todos estos elementos no se dan en otro lugar. Así pues, hay que concluir que tampoco la confesión será en el cielo. Ahora bien, si los herejes quieren que la naturaleza del interrogatorio y de la confesión celeste sea distinta, tendrán que construir, en verdad, otro orden de cosas que será distinto, en gran manera, de la ordenación que se encuentra en las Escrituras.

16. Y podemos afirmar lo siguiente: que lo vean ellos; mientras el orden del interrogatorio y de la confesión terrena, que procede de la persecución y discordia pública, quede a salvo, como se comprueba claramente, se ha de creer como está escrito y se ha de entender tal como se escucha. Mantenemos este orden aquí abajo, pues el mismo Señor no le ha destinado otra región del mundo. ¿Qué añade después de hablar de la confesión y negación?

17. *No penséis que he venido a traer paz a la tierra, sino espada*⁹⁴. Claramente dice a la tierra. *He venido a enfrentar al hombre contra su padre y a la hija contra su madre, y a la suegra contra su nuera, y serán enemigos del hombre los de su propia casa*⁹⁵. Así sucede: que el hermano entregue a la muerte al hermano, y el padre al hijo, y se levanten los hijos contra los padres y les den muerte. Y el que resista hasta el fin, ése será salvo⁹⁶. Es decir, toda esta relación de la espada del Señor enviada a tierra, no al cielo, establece también aquí abajo la confesión, la cual, soportándola hasta el final, llevará a la muerte.

CAPÍTULO XI

1. Afirmamos que las otras palabras del Señor también se refieren al martirio. El Señor dijo: *Quien aprecie su vida más que a mí, no es digno de mí*⁹⁷; esto es, quien prefiera vivir negándome a morir confesándome; y también dice: *Quien encuentre su vida la perderá, y quien pierda su vida por causa mía, la encontrará*⁹⁸.

2. Así, en efecto, quien niega ganando su vida, la pierde, de modo que el mismo que piensa que la gana al renegar, la perderá en la gehenna. Por otro lado, el que sufre la muerte tras haber confesado, perderá la vida en el momento presente, pero la hallará en la vida eterna.

3. En suma, cuando los mismos gobernadores te exhortan a la negación, dicen: «¡Conserva tu vida!», y «¡No pierdas tu vida!». ¡Y qué decía Cristo, sino la manera en que sería tratado el cristiano! Pero cuando prohíbe pensar en la respuesta ante el tribunal⁹⁹, instruye a sus siervos, y asegura que el Espíritu Santo será quien responda, y cuando quiere que se visite a un hermano en la cárcel¹⁰⁰, ordena la solicitud para con el confesor de la fe. Y cuando afirma que Dios vengará a sus elegidos¹⁰¹, alivia sus sufrimientos. Incluso en la parábola que habla de la semilla que se agosta al poco de brotar¹⁰², prefigura el ardor de las persecuciones.

4. Si estas palabras no se toman a la letra, tal como se pronuncian, significan entonces algo distinto de lo que dicen, y en consecuencia, una cosa será lo que se diga con las palabras y otra el significado, como si fuesen alegorías, parábolas o enigmas. Así pues, sea cual sea el viento de las

argumentaciones concebido por estos escorpiones, sea cual sea la picadura con la que hieran, sólo hay una línea a seguir en la argumentación: serán los hechos quienes los desmentirán si los hechos se desarrollan según las Escrituras.

5. Si no se encontrase en la realidad lo que está escrito, entonces en las Escrituras se significará algo distinto. Ocurrirá pues lo que está escrito. Es más, lo que está escrito ocurrirá, si sucede de un modo no distinto. Es un hecho que todos los hombres nos odian a causa del Nombre, como está escrito, y nos entregan incluso nuestros parientes, como está escrito, y nos conducen ante las potestades, como está escrito, y nos interrogan y torturan, y confesamos y nos descuartizan, como está escrito. Así lo manifestó el Señor.

6. Si manifestó esto de modo distinto, ¿por qué no ocurre de otro modo lo que proclamó, es decir, exactamente como lo proclamó? Pero el hecho es que no ocurre todo esto de modo diverso al manifestado por el Señor. Por consiguiente, del mismo modo que sucede, así es como lo anunció, y del mismo modo que lo anunció, así sucede. Pues sería sin sentido que algo ocurriese de manera distinta a la que manifestó, y de otra parte el Señor no lo hubiera manifestado de modo distinto a como quiso que sucediese.

7. Por tanto, las Escrituras no significarán una realidad distinta de la que reconocemos en las cosas. O dicho de otro modo, si aún no se realizan las cosas anunciadas, ¿cómo se realizará lo que no ha sido anunciado? Los acontecimientos anunciados no son los hechos que se cumplen, si unos son los que se anuncian y otros los que suceden. Pero sí en la realidad sucede lo mismo que se cree, expresado en las palabras, ¿qué ocurriría si los hechos se verificasen de otra manera?

8. Pero esto sería la corrupción de la fe: no creer lo que está probado y tener por cierto lo no probado. A esta co-

rrupción opondré también lo siguiente: si lo que sucede conforme a lo que está escrito no es lo mismo que lo anunciado, tampoco deberán suceder otras cosas según lo escrito, para que no corran el peligro de quedar excluidas también ellas, las que están escritas, con el ejemplo de lo que ocurre. Y puesto que una cosa es lo que se dice con las palabras y otra la que sucede en la realidad, sucederá que lo que se predica no se verá cuando ocurra si se dice de modo distinto a como ha de ocurrir. Y ¿cómo se creerá en lo que no se haya predicado, ya que no se han predicado conforme a como sucede? Así, los herejes, por creer lo que se anuncia de un modo distinto del que se experimenta por los hechos, creen lo que ni siquiera se anuncia.

CAPÍTULO XII

1. Ahora bien, ¿quién conocerá mejor la médula de las Escrituras que la misma escuela de Cristo? El Señor escogió para sí a los discípulos para enseñarles todas las cosas y los preparó como maestros para que nos lo enseñaran todo. ¿A quién le reveló mejor la significación de sus palabras, sino a quien reveló la imagen de su gloria, a Pedro, Juan, Santiago¹⁰³ y más tarde a Pablo¹⁰⁴, a quien también hizo partícipe del paraíso antes de sufrir el martirio¹⁰⁵? ¿Acaso escribieron algo distinto de lo que oyeron y vieron, siendo maestros de la mentira, no de la verdad?

2. Pedro dijo en su Epístola a los cristianos del Ponto: *¿Qué gloria habrá si soportáis ser castigados sin ser delinquentes? Ésta es, en efecto, la gracia, y en esto habéis sido llamados, ya que también Cristo padeció por nosotros, de-*

jándoos a Él mismo como ejemplo, para que sigáis sus pasos¹⁰⁶.

3. Y nuevamente vuelve a decir: *Carísimos, no os asustéis del incendio que se produce en medio de vosotros y que os lleva a la tentación, como si os sucediese algo nuevo. Y en efecto, alegraos, en cuanto que participáis de los sufrimientos de Cristo, para que también os alegréis. Si sufrís afrentas en el nombre de Cristo, seréis bienaventurados, pues la gloria y el Espíritu de Dios descansa en vosotros. Y esto, a condición de que ninguno de vosotros padezca como asesino, ladrón, malhechor o entrometido en lo ajeno. Pero si se padece por ser cristiano, que no se avergüence, sino que glorifique al Señor en este Nombre*¹⁰⁷.

4. Por su lado, Juan, para que expongamos nuestras vidas a favor de nuestros hermanos, nos exhorta diciendo que en el amor no hay temor: *En efecto, el amor perfecto arroja fuera el temor, ya que el temor supone un castigo, y quien teme no es perfecto en el amor*¹⁰⁸.

5. ¿A qué temor se refiere? Al que causa la negación. ¿Qué amor califica de perfecto? El que ahuyenta el temor y da ánimo para la confesión. ¿Con qué pena castigará el temor? La que ha de soportar el apóstata, destinado a perecer en cuerpo y alma en la gehenna. Y si Juan, bien preparado en el Apocalipsis para instruirnos en estas cosas, nos enseña que hay que entregarse por los hermanos, ¿cuánto más enseñará a hacerlo por el Señor!

6. El Espíritu había manifestado al ángel de la Iglesia de Esmirna: *He aquí que el diablo meterá en la cárcel a algunos de vosotros, de modo que sufriréis la tentación durante*

*diez días. Manténte fiel hasta la muerte, y te dará la corona de la vida*¹⁰⁹.

7. Lo mismo había manifestado a la Iglesia de Pérgamo¹¹⁰ hablando del fidelísimo mártir Antipas, muerto en la sede de Satanás. Igualmente a los de Filadelfia¹¹¹, diciendo que sería librado de la prueba última quien no negara el nombre del Señor.

8. Después¹¹² a los vencedores les promete el árbol de la vida y el perdón de la muerte segunda, y también el maná escondido, además de la piedrecilla blanca de nombre desconocido. También les promete la potestad de la barra de hierro y la claridad de la estrella matutina¹¹³, y ser revestidos de traje blanco y no ser borrados del libro de la vida¹¹⁴ y ser columna en el templo de Dios en el nombre de Dios y Señor y en la Jerusalén celestial¹¹⁵, y estar sentado junto al Señor en su trono¹¹⁶, cosa que les fue negada en otro momento a los hijos de Zebedeo¹¹⁷.

9. ¿Quiénes serán estos vencedores tan bienaventurados, sino propiamente los mártires? En efecto, las victorias son de quien combate, y las batallas de quienes derraman su sangre. Pero mientras tanto, bajo el altar¹¹⁸, las almas de los mártires descansan plácidamente y alimentan su paciencia con la confianza en la venganza y en la blancura de sus vestiduras esperan la gloria, hasta que los que faltan completan el número de los destinados a la gloria.

10. Y detrás aparece una innumerable multitud vestida de blanco y llevando las palmas de la victoria, es decir, del

triunfo sobre el Anticristo, como dice uno de los ancianos: *Éstos son los que proceden de la gran tribulación y han lavado y blanqueado sus vestimentas en la sangre del Corde-ro*¹¹⁹. En efecto, la carne es el vestido del alma. Los sucios, ciertamente, se lavan con el bautismo, y las manchas se tornan blancas con el martirio. Isaías¹²⁰ promete también, a su vez, que lo que era rojo y escarlata, será blanco como la nieve.

11. También cuando se describe la Gran Babilonia¹²¹ como ebria de la sangre de los santos, sin duda su ebriedad se alimenta de los cálices de los mártires. También se indica qué ha de producir el temor de los martirios. Los cobardes están entre todos los réprobos, es más, los primeros. *Pero los cobardes, dice, a partir de ahora tendrán su sitio en el estanque de fuego y azufre*. Así, según su Epístola, el temor, que expulsa el amor de Dios, tiene un castigo¹²².

CAPÍTULO XIII

1. Por otro lado, Pablo, el que pasó de perseguidor a apóstol, el primero que hizo correr la sangre de la Iglesia¹²³ y después cambió la espada por la pluma y convirtió el sable en arado, *el lobo rapaz de la tribu de Benjamín*¹²⁴, *el que después lleva la comida, él mismo*, según la palabra de Jacob, ¡de qué modo recomienda ahora el martirio como algo deseable para sí!

2. Cuando dice, gozándose a causa de los tesalonicenses: *Nos gloriamos de vosotros en las iglesias de Dios a causa de vuestra paciencia y vuestra fe en todas las persecuciones*

y tribulaciones. Con ellas soportáis la muestra del justo juicio de Dios, de modo que os hacéis dignos de su Reino por el que padecéis¹²⁵.

3. Del mismo modo habla a los romanos: Y no sólo esto, sino que exultamos en las tribulaciones, seguros de que la tribulación perfecciona la paciencia; la paciencia, la virtud probada; la virtud probada, la esperanza, y la esperanza no defrauda¹²⁶.

4. Y en otro lugar: Y si somos hijos, también herederos, herederos de Dios y coherederos con Cristo; supuesto que padecemos con Él para ser glorificados con Él. Pues considero que los sufrimientos de este tiempo no alcanzan la dignidad de la gloria que ha de revelarse en nosotros. Y por consiguiente, dice a continuación¹²⁷: ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿la tribulación?, ¿la angustia?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿el peligro?, ¿la espada? Según está escrito: por causa tuya somos entregados a la muerte todo el día; somos considerados como ovejas de degüello, pero en todas estas cosas salimos vencedores por Aquel que nos amó. Pues estoy persuadido de que ni muerte, ni vida, ni el poder, ni la altura, ni lo profundo, ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Dios, que está en Jesucristo, nuestro Señor¹²⁸.

5. También manifestó a los corintios que había que padecer, y lo hizo enumerando sus propios sufrimientos: en trabajos, más, en prisiones, más, en peligros de muerte, con más frecuencia; recibí de los judíos en cinco ocasiones cuarenta azotes menos uno, tres veces fui herido con varas, una vez fui lapidado¹²⁹, etc.

6. Y por si estas cosas parecieran más molestas que el martirio, añadió: *Por esto me congratulo en las enfermedades, en las injurias, en las necesidades, en las persecuciones, en las angustias sufridas por el nombre de Cristo*¹³⁰.

7. Y dice más arriba: *Somos atribulados en todo, mas no acosados estamos necesitados, mas no agobiados; somos agitados por las persecuciones, mas no somos abandonados; somos abatidos, mas no perecemos, llevando siempre en nuestro cuerpo la señal de muerte de Cristo*¹³¹. Y añade: *aunque nuestro hombre exterior se corrompe*, es decir, la carne por la fuerza de las persecuciones, *sin embargo nuestro hombre interior, o sea, el alma, por la esperanza en el cumplimiento de las promesas, se renueva de día en día*¹³².

8. *Pues lo que en el momento presente*¹³³ *es temporal y ligero en nuestra tribulación, completa paso a paso la eterna medida de la gloria, pues nosotros no nos fijamos en lo que se ve, sino en lo invisible*. En efecto, las cosas visibles son temporales –y se refiere a las tribulaciones–, las invisibles, eternas –y promete el premio–.

9. Cuando escribió a los tesalonicenses¹³⁴ desde las cadenas en que se encontraba preso, llamó bienaventurados a los *que se les ha concedido no sólo creer en Cristo, sino también padecer por Él*. Y añade: *Porque sostenéis el mismo combate que visteis en mí y que ahora escucháis*¹³⁵. *Pues aunque soy vertido como una libación sobre el sacrificio, me alegro y me congratulo con todos vosotros. Igualmente, vosotros alegraos y congratulaos conmigo*¹³⁶.

10. Contempla cuánta felicidad le otorga el martirio, al cual añade solemnidad el alegrarse mutuamente. Cuando la proximidad de su deseo se hace realidad, ¿de qué modo escribe a Timoteo exultante de alegría ante su futuro!: *Pues yo ya me he derramado en libación, y el momento de mi separación es inminente; he combatido el buen combate, he terminado mi carrera, he conservado la fe; me falta la corona, que el Señor me dará aquel día*¹³⁷, esto es, el día del martirio.

11. Él mismo exhortó suficientemente antes: *Es palabra fiel: si hemos muerto con Cristo, también viviremos con Él; si sufrimos con Él, también reinaremos con Él, si le negamos, también Él nos negará: si no le fuésemos fieles, Él es fiel, y no puede negarse a sí mismo*¹³⁸. En consecuencia, no te avergüences del testimonio de nuestro Señor Jesucristo, ni de mí, su prisionero¹³⁹. Pues había dicho anteriormente: *No nos ha dado Dios espíritu de temor, sino de virtud y de amor y de sabiduría*¹⁴⁰.

12. En efecto, padecemos con valor, por amor de Dios y con templanza, cuando sufrimos siendo inocentes. Pero si en otro lugar prescribe la paciencia, ¿en qué circunstancias prescribe esa paciencia sino en los padecimientos? Y cuando quiso extirpar la idolatría, ¿qué la arrancará más eficazmente que el martirio?

CAPÍTULO XIV

1. Amonesta a los romanos a someterse a todas las potestades, pues no hay potestad que no provenga de Dios, ya

que no hace uso de la espada sin motivo, también porque está al servicio de Dios¹⁴¹. Es más, añade: es vengadora para castigo de quien obre mal¹⁴². Pues también había dicho: En efecto, los príncipes no deben ser temidos por las personas de buenas obras, sino por las que obran el mal. ¿Quieres no tener miedo a la autoridad? Haz el bien y recibirás alabanza de parte de ella. En consecuencia, para ti es ministra de Dios para el bien. Pero si obras el mal, teme¹⁴³.

2. Así, no te manda que te sometas a las autoridades para evitar tu martirio, sino para incitarte a obrar bien, incluso considerándolas con respeto, como cooperadoras de la justicia, como ministras del juicio de Dios que también aquí se aplica a los culpables. De todo esto se deduce cómo desea que te sometas a las autoridades, ordenando: *Dadle tributo a quien corresponde, impuesto a quien se deba impuesto, es decir, dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios¹⁴⁴. El hombre es sólo de Dios.*

3. Pedro también había dicho que se ha de honrar al rey¹⁴⁵, pero de modo que el rey reciba los honores cuando cumple su misión y no pretenda los honores que se deben a Dios; porque tanto el padre como la madre reciben amor junto a Dios, pero no son comparados a Él. Por lo demás, no será lícito ni siquiera amar la vida más que a Dios.

CAPÍTULO XV

1. En consecuencia, las cartas de los apóstoles son claras y manifiestas ¿Y hasta cuándo seremos nosotros siem-

pre los sencillos de espíritu sólo comparables a las palomas, que andan errantes a placer? Creo que lo dicen por el deseo de vivir. Admitamos que el significado se difumine por las palabras. Sabemos que los apóstoles padecieron estas cosas: la enseñanza es clara, y la encuentro recorriendo sólo los Hechos de los Apóstoles; no necesito más.

2. Allí en los Hechos las cárceles¹⁴⁶, cadenas¹⁴⁷, azotes¹⁴⁸, piedras¹⁴⁹, espadas¹⁵⁰, violencia de los judíos¹⁵¹, asamblea de los gentiles¹⁵², sentencias de los tribunales¹⁵³, audiencias de los reyes¹⁵⁴, tribunales de los procónsules¹⁵⁵ y el nombre del César¹⁵⁶ no tienen necesidad de intérprete. Que Pedro es azotado, Esteban lapidado¹⁵⁷, Santiago inmolado¹⁵⁸, Pablo expulsado, son hechos que están escritos con su sangre.

3. Y si el hereje no se cree lo narrado, hablarán los documentos del Imperio, lo mismo que las piedras de Jerusalén. Leemos en las *Vidas de los Césares*: «Nerón fue el primero en Roma que derramó la sangre de los miembros de la fe naciente»¹⁵⁹. Pedro fue ceñido por otro¹⁶⁰ al ser sujetado a la cruz. Pablo vuelve a obtener por nacimiento la ciudadanía romana cuando renace allí por la generosidad del martirio.

4. Dondequiera que lea estas cosas, aprendo a padecer; y no me interesa, para seguir a estos maestros del martirio, qué querían decir los apóstoles o cómo terminaron sus vidas, sino que reconozco lo que querían decir por el mismo

final de sus vidas. No padecieron nada que no hubieran sabido de antemano que era necesario afrontar. Cuando Ágabo¹⁶¹ predijo a Pablo cadenas, escenificándolo con aquellos gestos, los discípulos lloraban y pedían que no se dirigiera a Jerusalén, pero lo pidieron en vano.

5. En efecto, animado por lo que siempre había enseñado, dijo: *¿Por qué lloráis, dice, y entristecéis mi corazón? Pues no sólo desearía padecer cadenas en Jerusalén, sino hasta morir por el nombre de mi Señor Jesucristo*¹⁶². Y de ese modo cesaron, diciendo: *Hágase la voluntad del Señor*; es decir, persuadidos de que los sufrimientos pertenecían a la voluntad de Dios.

6. En efecto, no intentaron retenerle con un consejo disuasivo, sino por amor hacia él, propio de los que querían al Apóstol, no de los que rechazan el martirio. Y si ya entonces Pródico o Valentín hubiera estado presentes y le hubiera sugerido que no es preciso confesar a Cristo en la tierra ante unos hombres que no son los verdaderos, para que no parezca que Dios esté sediento de los hombres y que Cristo reclama la reciprocidad de su Pasión como si también él mismo espere alcanzar la salvación, al punto hubiera escuchado del siervo de Dios lo que había escuchado el diablo de labios del Señor: *Apártate, Satanás; eres para mí motivo de escándalo*¹⁶³. *Está escrito: Al Señor, tu Dios, adorarás, y a Él sólo servirás*¹⁶⁴.

7. Pero incluso ahora deberá escuchar esto, ya que, tras mucho tiempo, han esparcido estos venenos que no dañarán fácilmente a un cristiano débil, sino sólo a aquel que no haya bebido antes, o al menos después, esta poción nuestra que ha sido extraída de la fe.